

CELCIT. Dramática Latinoamericana 426

JULIUS

Rubén Pagura

Espectáculo unipersonal de Rubén Pagura basado en el libro

“Reportaje al pie de la horca” de Julius Fucik

PERSONAJES: M (1) / F (-)

Julius

-

Escena 1

Julius: *(De espaldas, sentado frente a la pantalla)* Estar sentado en posición de firme, el cuerpo rígido, las manos pegadas a las rodillas, los ojos clavados hasta ennegrecer en la pared amarillenta de la cárcel no es, ciertamente, la posición más cómoda para reflexionar. Pero, *(girando hasta enfrentar al público)* ¿quién puede obligar al pensamiento a

permanecer sentado en posición de firme? Alguien, un día - quizá nunca sepamos quién ni cuándo - llamó a esta sala del Palacio Petschek “El cine”. ¡Qué metáfora más genial! Una sala amplia, con seis bancos largos, ocupados por los cuerpos rígidos de los detenidos, y frente a ellos una pared lisa, como una pantalla de cine. Todas las productoras cinematográficas del mundo no han llegado a hacer la cantidad de películas que sobre esta pared han proyectado los ojos de los detenidos esperando el próximo interrogatorio, la tortura, o la muerte.

Películas de vidas enteras o de los más pequeños fragmentos de vida;

películas de la madre, del esposo, de los hijos,

del hogar destruido, del porvenir destrozado;

películas de compañeros valerosos, películas de traición;

películas repletas de horror y de decisión,

de odio y de amor,

de angustia y de esperanza.

(Se sienta en la silla) De espaldas a la vida, cada uno contempla aquí su propia muerte. Y no todos resucitan. Yo cien veces he sido aquí espectador de mi propia película, mil veces la seguí en todos sus detalles. Ahora voy a imaginar que ustedes están ahí de verdad y voy a tratar de contárselas. *(Escribe en papel y termina en la pantalla)*. Y si el nudo corredizo de la horca aprieta mi cuello antes de terminar, todavía quedarán miles de hombres y mujeres para completarla con un “happy end”.

Julius Fucík, Praga, primavera de 1943.

Escena 2

Julius: Pues bien, mi película comienza aquí, hace un año, en el Puente Carlos, una noche de primavera. Aquí está la entrada del puente, el gran arco de la parte vieja. Al otro lado está la casa de los Jelinek, adonde vamos con Lida, la muchachita que me acompaña, mi contacto. Aquí, a la entrada del puente, un policía. ¡Lida, no te alejes tanto! (*Caminando con cojera, y con precaución. Cruza el arco y se asoma a la baranda*) ¡Qué hermoso está el río! ¡Mira la luna, como se refleja! ¡Lida!

Lida: (*Dándole una flor*) Julius, sólo te estaba cortando esta flor. Y esta otra es para Mirek...

Julius: ¡Lida! En la calle, soy el Profesor Horak, tu padre, grábatelo. Un señor cojo, que se pasea con su hija. ¿Por qué se pasea con su hija? Porque llama menos la atención acompañado de su hija que paseando solo. Las miradas van detrás de ella más que detrás de él. En teatro diríamos que tienes que “robar escena”, ¿está claro?

Lida: Está claro. ¡Un barco! ¡Cómo me gustaría andar en barco! (*Cambiando de tono*) Julius... eh... Papá... ¿qué piensas de Mirek? Todo lo que cuenta de la guerra civil en España... lo que pasó en el campo de concentración en Francia... ¡Es tan valiente! Papá... ¿qué piensas del amor?

Julius: ¿Del amor? Hum, creo que el amor es lo que mueve al mundo, es lo que nos anima en la lucha contra la barbarie, por un mundo más justo, más alegre... pero si tu pregunta tiene que ver con Mirek... (*Viendo el reloj a la distancia*) ¡Lida! Mira el reloj de la torre: ocho minutos para las diez. Tenemos que llegar a la casa de los Jelinek antes de que cierren el portal.

Lida: Papá... la cojera...

Julius: ¿Qué?

Lida: ...está muy exagerada otra vez.

Julius: ¡Me cuidaba de una manera! ¡Se tomaba tan en serio su papel de actriz! ¡Le encantaba el teatro! *(Corrige la cojera)*

Lida: *(Curiosa)* Papá, ¿de qué se trata la reunión de hoy?

Julius: Nada importante, pura rutina. Sé que Mirek no me tiene nada nuevo, y tampoco yo tengo nada que decirle. Pero faltar a la cita podría provocar el pánico. Y, sobre todo, quiero evitar preocupaciones infundadas a María y a Pepe, ya se arriesgan demasiado prestándonos su casa para la cita. En todo caso, cuanto menos sepas tú, mejor. Si - ojalá nunca pase - si tú cayeras en manos de los nazis, cuanto menos sepas, mejor para ti, mejor para todos. *(Se detiene frente a la casa)* Bien. Ya estamos aquí. Ahora, corre, como si no me conocieras. Nos vemos en media hora.

Escena 3

Julius: *(Frente a la puerta, golpea, le abren, entra).*

María: Julius, pasa, siéntate. ¿Una tacita de té?

Julius: *(Al público)* María Jelinek, siempre tan amable, tan dulce. Aquí está Mirek, aquí Pepe Jelinek, y aquí una pareja... Señor Fried... señora... No... esperaba encontrarlos aquí...

Mirek: Perdón, sé que no es recomendable - dice Mirek - pero querían entregarte personalmente el volante del primero de mayo. Además, necesitan instrucciones...

María: Julius, hijo, siéntate, y relájate. Y te traigo tu tacita de té.

Julius: *(Sentándose, algo nervioso)* Gracias, María, pero siéntate tú también. Me alegra verlos, compañeros, pero no así, todos juntos. Es el mejor camino para ir a la cárcel... o a la muerte. O respetan las reglas de la clandestinidad o dejan de trabajar, porque así se exponen ustedes y ponen en peligro a los demás. ¿De acuerdo? A ver, ¿qué me traen?

Pepe Jelinek: *(Pasándole un volante)* El volante del Primero de Mayo que imprimieron los Fried. ¡Dime si no está genial!

Julius: *(Al público)* Tenía una caricatura del “protector” Heydrich sensacional. *(A los Fried)* Excelente, compañeros. Buen trabajo. Y tú, Mirek, ¿cómo vas?

Mirek: Nada nuevo. El trabajo con los intelectuales marcha bien... Tenemos dos miembros nuevos. Dos escritoras.

Julius: *(Al público)* ¡Tenía un ojo para las mujeres, Mirek! *(Levantándose con prisa)* Bueno, si no tenemos nada más, con el permiso de ustedes me retiro. Nos vemos después del Primero de Mayo, entonces les tendré instrucciones.

María: Julius, no te vas a ir así tan rápido, sin aceptarme otra tacita de té.

Julius: No, no, María. Será para otra ocasión, aquí somos demasiados.

María: Julius, no me desprecies otra tacita, te lo ruego.

Julius: *(Julius vacila, y finalmente cede, sigue nervioso)* Está bien, María. La última. *(Al público)* De pronto, una voz en la puerta. ¡Abran! ¡Abran!

María: ¿A esta hora? ¿Quién podrá ser? Ve a ver, Pepe.

Pepe Jelinek: *(En voz baja, yendo hacia la puerta)* No hagan ruido...

Voz del Comisario afuera: ¡Abran! ¡La policía!

Julius: Rápido, a la ventana. ¡Escapen! Tengo una pistola, yo los cubro. *(Al público)* Jamás había usado una pistola...

Mirek: *(Asomándose a una ventana)* ¡Demasiado tarde! Están en la calle, apuntando para acá.

Julius: Al cuarto, escapen por la escalera de emergencia. Yo los cubro. *(Al público)* Rompen la cerradura a tiros. Entran, yo quedo detrás de la puerta, no me ven. Corren al cuarto. Uno, dos, tres, nueve hombres armados. Podría tirar con facilidad, pero pondría en peligro la vida de los compañeros. Tengo diez segundos para reflexionar. Si disparo, mis compañeros pueden caer antes que yo. Me pego un tiro... No, no salvo nada. Me libro de las torturas, pero podría desatarse un tiroteo y poner en peligro la vida de los compañeros. Me entrego. Si me entrego, los Fried y los Jelinek pueden llevar seis meses, quizás un año de cárcel. Mirek y yo somos los únicos sin salvación. Nos van a torturar. Yo no voy a decir nada, pero ¿qué va a hacer Mirek? Peleó en la guerra civil española... pasó dos años en el campo de concentración de Francia... no, no puede traicionar. ¿Me entrego? Me entrego. *(Sale, con voz calma)* ¡No disparen!

Comisario: ¡Ah! Uno más. ¡Regístrelo!

Bruto: ¡Manos arriba!

María J: Y ahora, Pepe, ¿qué va a pasar?

Pepe J: Vamos a la muerte, María.

Julius: María le extiende los brazos a Pepe para abrazarlo, le dan un empujón. María cae al suelo, y se incorpora con dificultad. Mira al policía que la empujó, un jovencito, rubio, podía ser su hijo...

María: ¡Tan buen mozo... y tan bruto!

Julius: El muchacho no se atreve a agredir otra vez a María, pero se desquita con los muebles. Derriba el aparador con la vajilla, María, tan ordenada, tan hacendosa... Yo protesto pero me dan un culatazo en la cabeza... Nos sacan a la calle.

Escena 4

Julius: *(Saliendo a la calle)* Aquí, frente a la puerta, un furgón policial. Subimos. Aquí María Jelinek, aquí Anika Fried, aquí Johan Fried, aquí Pepe Jelinek, aquí Mirek, y aquí el comisario que comandó la operación. Aquí un policía con fusil, apuntándonos.

Comisario: Tú, ¿quién eres?

Julius: El profesor Horák.

Comisario: ¡Mientes!

Julius: Si usted lo dice...

Policía: Estáte quieto o disparo.

Julius: Dispare.

Julius: *(Al público)* ¡Otro culatazo en la cabeza! Siento como un estallido. Y tengo un recuerdo bonito de este momento, porque... de pronto empiezo a ver blanco... por la ventanilla... un tranvía. Lleva coronas de flores blancas. ¿Un tranvía de bodas a estas horas, en plena noche? ¡Sí, es un tranvía de bodas! La novia... se asoma por una ventanilla. Nos arroja flores, flores blancas, una lluvia de flores blancas... *(Transición)* No, ¿qué estoy diciendo? Voy camino a la muerte, en un coche policial. Veo luces por la ventanilla. Un edificio que

reconozco... ¡El Palacio Petschek, la Central nazi! Nunca creí entrar vivo en este lugar. Nos sacan. Al galope hasta el cuarto piso. Esto se pone interesante.

(En el cuarto de torturas)

Comisario: ¿Ahora vas a decirnos quién eres?

Julius: Ya se los dije, Marcus Horák.

Comisario: Mientes. Regístrenlo.

Torturador: Tiene papeles.

Comisario: ¿A nombre de quién?

Torturador: De Marcus Horák.

Comisario: ¡Miente! *(Llama por telefono)* ¿Registro? Aquí el comisario Bohm. Tenemos a un tal Marcus Horák. H - o - r - á - k. Sí, de Praga. *(Escucha y cuelga)* Como lo suponía. Ese nombre no está en los registros. Esos papeles son falsos. ¿Quién te los dio?

Julius: La Policía.

Torturador: *(Primer bastonazo)*

Comisario: Mentira. ¿Cómo te llamas?

(Silencio. Segundo bastonazo)

Comisario: ¿Dónde vives?

(Silencio. Tercer bastonazo)

Comisario: ¿Quiénes son tus contactos?

Torturador: ¡Contactos!

Julius: El reloj da doce campanadas, es medianoche. Una radio lejana anuncia el último programa. Cierra el café de enfrente de los Baxa. Los últimos parroquianos se despiden, camino a sus casas. Suena un teléfono...

(El comisario recibe informacion por teléfono, y cuelga)

Comisario: Vamos bien. *(Menos violento, con curiosidad)* ¿Cómo estás, Julius? Julius Fucik, periodista, escritor, crítico de arte, ex actor de teatro, y... redactor del periódico comunista.

Julius: ¿Quién se lo habrá dicho? ¿Los Jelinek? Imposible. ¿Los Fried? Pero si apenas sabían mi nombre. ¿Mirek? No puede ser.

Comisario: Ya lo ves, lo sabemos todo. ¿Dónde está la imprenta? Sé razonable.

Julius: ¡Qué forma más extraña de hablar! Ser razonable equivale a traicionar. No soy razonable. Empiezan a darme golpes en la cabeza, en la cara, me quiebran dientes... ¡El reloj da tres campanadas! Es madrugada; los verduleros llegan al mercado; los barrenderos aparecen en las calles. Quizá viva lo suficiente todavía para ver la salida del sol. Traen a una mujer. ¡Es Gustina, mi mujer! Me paso la lengua por las encías, intento contar los dientes rotos. ¿Cinco, siete, diez? No puedo contarlos. Me trago la sangre para que Gustina no la vea... Es inútil, me brota de todos los poros de la cara, las yemas de los dedos.

Comisario: ¿Conoce a este hombre?

Gustina: No, señor comisario. No lo conozco.

Julius: Lo dijo sin que sus ojos dejaran traslucir un ápice de su horror. ¡Es de oro! Ha cumplido la promesa de no confesar nunca que me conoce, aunque ya es inútil.

Comisario: ¿No lo conoce? *(Mostrándole una foto)* ¿Y entonces quiénes son estos dos en esta foto?

Julius: Gustina, ya es inútil. Pero no tengas miedo, sigo siendo yo.

Comisario: ¡Ah, Gustina! Dígale que sea razonable. Si no piensa en él, que piense al menos en usted. Les doy una hora para reflexionar. Si después de ese plazo esta mula no cede, esta misma tarde los fusilamos a los dos.

Gustina: Eso no es ninguna amenaza para mí, Señor comisario. Es más, este es mi deseo. Si lo ejecutan a él, ejecútenme a mí también.

Julius: Se la llevan. Me despido de ella con la mirada más alegre que tengo. Acaso no sea tan alegre. Me golpean en la planta de los pies, me repercute en el cerebro. Las cinco, las siete, las diez. ¡Ya es mediodía! Es realmente cómico. Ahora ya no siento ningún dolor. Agua, golpes, agua. Las seis, las ocho, las diez de la noche otra vez. Y finalmente, a lo lejos una voz suave, dulce, tierna como una caricia:

Comisario: Ya es suficiente por ahora.

Julius: Y otra voz más dulce todavía...

Policía: No aguanta hasta mañana... No aguanta...

Escena 5

Julius: El próximo recuerdo que tengo es aquí, en la celda 267 de la cárcel de Pankrác, que será mi casa durante mucho tiempo. Aquí, el camastro del Padrecito. Aquí la entrada de la celda. Allá, en la esquina, el retrete. Aquí estoy yo tirado, boca abajo, sobre un colchón de paja. Oigo una voz horrible, cantando... *(Canta como el Padrecito)* "Requiem aeternam dona ei Domine..." Un hombre con las manos juntas, en actitud de orar, camina con paso lento y pesado, cantando una canción fúnebre... *(Canta)* "Requiescat in pace, Amen."

Alguien ha muerto. ¿Quién será? Si levanto la cabeza, a lo mejor puedo ver el féretro con el muerto. *(Canta)* "Requiem aeternam dona ei Domine..." Logro levantar la vista. Sólo estamos él y yo. ¿Para quién canta? "Requiescat in pace, Amen." ¡Y yo! ¿Estaré asistiendo a mi propio velorio? "Requiem aeternam dona ei Domine..." Ey, escucha: esto es un error. Yo no estoy muerto. Estoy vivo. ¿No ves que te miro y que te hablo? "Requiescat in pace, Amen." ¡Ey, para! ¡No me entierres todavía! No me oye. ¿Está sordo? ¿O no hablo lo suficientemente alto...? ¿O estoy muerto de verdad y él no puede oír mi voz sin cuerpo? "Requiescat in pace, Amen." ¡Qué cómico! Pero todo esto es absurdo. Estoy vivo. Siento un dolor lejano... tengo sed. Los muertos no tienen sed. Concentro todas mis fuerzas para mover la mano... "Requiem aeternam dona ei Domine..." y una voz extraña, una voz que no es mi voz, brota de mi garganta: "¡Agua!" ¡Me oyó! ¡Me ve! Viene hacia mí. Toma una jarra de agua. ¡Agua! ¡Cómo refresca el agua! Una gota agita la superficie de la fuente. No, no es la fuente. Es el lago, en el prado, cerca de la casa del guardabosque, al pie del Monte Rokian. Una lluvia fina teclea sobre las agujas de los pinos... *(Transición)* Y de pronto es martes y tengo frente a mí un perro. Un perro lobo, que me mira con sus ojos hermosos y perspicaces y me pregunta:

Comisario: ¿Dónde vives?

Julius: No, esa no es la voz del perro. Aquí hay alguien más. Veo unas botas altas y otro par de botas altas, y un pantalón de montar. Intento levantar un poco más la vista pero me da vértigo. Déjenme dormir... *(Incorporándose y colocándose como el Padrecito)*

Padrecito: ¡Amigo! Ya es jueves, tiene que comer algo, te estás muriendo. *(Logra despertar a Julius)* ¡Amigo! Soy el Padrecito, así me dicen aquí. El médico acaba de revisarte, dice que te puedes recuperar pero tienes que comer...

Julius: Se abre la puerta de la celda y entra otra vez el perro. Los dos pares de botas. Pero ahora ya sé: uno de esos pares pertenece al dueño del perro, y el otro... Alzo la vista: sí, lo conozco. *(Incorporándose como el comisario)* Es el flaco. El comisario flaco que nos detuvo y me interrogó.

Comisario: *(Habla en tono bondadoso.)* Ya perdiste el juego, Julius. Salva la cabeza por lo menos. ¿Así que vivías en casa de los Baxa? ¿Cuánto tiempo viviste en casa de los Baxa? *(Silencio)* Ya ves: lo sabemos todo. ¿Es que todavía no entiendes? Se acabó todo, ¿comprendes? Lo perdieron todo. *(Silencio)* Julius, tú eres un tipo inteligente. ¿Todavía crees en el triunfo de ustedes?

Julius: ¿Quién les ha dado tanta información? Mi conciencia se aleja, se pierde en un túnel oscuro... *(Transición)* ¡Tan, tan, tan! El reloj de la torrecita de la cárcel da tres campanadas. Me ahogo. No puedo respirar. Oigo el quejido ronco de mi garganta y temo despertar a mi compañero de celda que duerme. Si pudiera tomar un poco de agua... Pero la jarra está vacía, nos la bebimos toda. Allí, a unos seis pasos de mí, en el retrete, hay suficiente agua. Me arrastro silenciosamente, como si toda la gloria de la muerte consistiera en no despertar al compañero de celda. Llego hasta el retrete y me tomo toda el agua. Y caigo... El corazón se me viene a la garganta y cae de golpe. Yo caigo con él. Y mientras voy cayendo oigo a la distancia la voz del Padrecito...

Padrecito: Carcelero, carcelero, venga, por favor. El pobre se está muriendo, se está muriendo...

Escena 6

Julius: *(Al público)* Mi próximo recuerdo es otra vez la voz del Padrecito...

Padrecito: *(Inclinado sobre Julius)* ¡Amigo! Tienes que comer. Llevas nueve días sin comer. ¡Hoy es domingo, tenemos guiso! Amigo, trata de mover la cabeza... así... despacito. Trata de voltearte... un poco... para comer. Abre la boca. ¡Dios mío, la tiene destrozada! *(Llama)* ¡Carcelero! ¡Carcelero! Llame al comisario. No quiere comer. Lleva nueve días sin comer. ¡Llame al comisario!

Comisario: ¡Qué son esos gritos!

Padrecito: Señor comisario, lleva nueve días sin comer. Se va a morir.

Comisario: *(Al carcelero)* Tráiganme una sopa de régimen. *(Sentándose junto a Julius)* Vamos a ver, ¿quieres o no quieres recuperarte? ¡Date vuelta, carajo! *(Recibe la sopa y se inclina sobre Julius)* A ver, abre la boca... ¡Abre la boca, carajo! Bien. Prueba esto... *(Al Padrecito)* Es nuestro preso más importante, Julius Fucik, escritor, periodista, un cabecilla importante. *(A Julius)* ¿Verdad, Julius? Te vas a poner bien, vas a ver. Y vas a entrar en razón. Eres un hombre inteligente, es una pena que estés así, ¡podrías vivir tan bien, como te lo mereces! *(Pasándole la sopa al Padrecito)* Termina tú, Padrecito, ya está tragando. *(A Julius)* Te la terminas toda, sé buen muchacho, tú me caes bien.

Padrecito: ¡Gracias, señor comisario! *(A Julius)* Ahora sí vas a comer... la sopa no, el guiso. Vamos a ver, no puedes despreciar este guiso. Mmmm, qué bien huele. Mira esas papas. ¿No? Tienes la boca destrozada. *(Cambia de táctica, se acerca la cuchara a la boca)* Julius, me lo voy a comer yo, me voy a comer tu guiso...

Julius: ¡Y se empieza a comer mi guiso, delante de mis propios ojos se come mi guiso! ¡Los que no han vivido en la cárcel de Pankrác en el 42, no pueden saber lo que es un plato de guiso. Regularmente, incluso en los peores tiempos, cuando el estómago ruge, cuando en las duchas sólo se ven esqueletos cubiertos de piel humana, cuando un compañero roba a otro, por lo menos con la mirada, los bocados de su ración, cuando hasta un puré asqueroso de legumbres secas revueltas con pasta de tomate nos parece un manjar delicioso, incluso en esos tiempos, invariablemente, los jueves y los domingos, vuelcan en nuestros platos un cucharón de papas, rociadas con una cucharada de salsa de tomate y unas fibras de carne. ¡Es una maravilla de apetitoso! Más que apetitoso: es un recuerdo concreto de la vida humana, de la vida civil, algo de lo que se habla suave y voluptuosamente. ¡Ah! quién puede comprender el valor que alcanza una cucharada de salsa de tomate cuando está condimentada con la angustia y el miedo. Se lo comió todo. El Padrecito, se comió todo mi guiso. No lo culpo, no lo iba a desperdiciar. ¡Cómo

culparlo, si me salvó la vida! Noches enteras me estuvo velando, poniéndome compresas frías para alejar a la muerte cuando ésta se acercaba. Limpió con paciencia mis heridas y jamás manifestó la menor repugnancia por el hedor que salía de mi colchón. Lavó y zurció los andrajos en que se había convertido mi camisa durante los interrogatorios. Y cuando ésta estuvo totalmente inservible, me dio su propia camisa. Me seguía con sus ojos cariñosos cuando me llevaban a los interrogatorios y ahí se quedaba, esperándome, hasta que me volvían a tirar en el colchón. Entonces él me tapaba con el saco, para que no pasara frío. Así empezó nuestra vida en común, y nunca me abandonó el Padrecito durante los días que siguieron, hasta que pude, por fin, sostenerme sobre mis propias piernas y empezar a pagar mis deudas de hijo.

Escena 7

Julius: Pero no fue fácil, fue un proceso largo. Un día, todavía no me había llegado a parar, llega a la celda por la mañana el padrecito después de la media hora de la gimnasia con un policía joven...

Padrecito: ¡Julius! Hace un día precioso. Mira, te corté esta margarita en el patio. Y una brizna de hierba, huele... Mira, este es Kolin, el nuevo carcelero, un buen muchacho. Dice que necesita hacerte un registro. Le digo que casi no puedes moverte, pero insiste.

Kolin: *(Gritando)* ¡Arriba, carajo!

Julius: *(Al público)* Me levanto con enorme dificultad.

Kolin: *(Gritando)* ¡Arriba, carajo!

Julius: *(Al público)* Buen muchacho... bueno para gritar...

Kolin: (*Gritando*) ¡Contra la pared, carajo! ¡Manos bien arriba!

Julius: (*Al público*) Pero de pronto, otra voz, muy distinta...

Kolin: (*En voz baja*) Puedo hablar con su mujer. Está sola en una celda tres o cuatro más allá de esta, en el piso de abajo. No sabe nada de usted, está muy angustiada. Una vecina le dijo hace unos días que usted había muerto en la celda a causa de los interrogatorios. Ayer corrió otro rumor: que usted se había ahorcado. Pero veo que está bien. Puedo decírselo... y algo más, si usted quiere que le diga algo más. Es más, por si acaso...si quiere enviar un recado para alguien... o si quiere escribir...

Julius: (*Al público*) Me pone un papel y un lápiz en el bolsillo.

Kolin: ...no para ahora, ¿entiende? sino para el futuro: cómo llegó aquí, si alguien lo traicionó, qué conducta observó en uno o en otro... una crónica periodística, si quiere. Para que todo lo que usted sabe no se pierda con usted... (*Grita hacia fuera*) ¡Firme, carajo!
(*Suave, a Julius*) Me llamo Kolinsky, me dicen Kolin. (*En voz alta*) ¡Descanso!

Julius: (*Al público*) Me deposita en el colchón, y se va. El Padrecito duerme, o se hace el dormido. (*Saca el lápiz y el papel*) ¡Es demasiado hermoso! Sería demasiado encontrar aquí, en este lugar macabro, a un amigo con el mismo uniforme de esos que no tienen para mí más que gritos y golpes... No. Es una trampa del comisario. (*Transición*) ¡Qué fuerza tiene que tener un hombre para tenderme la mano en una circunstancia como esta! ¡Qué audacia! No, no puede ser verdad. Es una trampa. (*Se echa nuevamente*) ¿Verdad, Gustina? Tal vez me oiga. Está apenas a unas paredes de aquí. ¡Gustina! (*Canta un trozo de la melodía de "El Moldava"*) "¡Silencio!" Si canté toda mi vida, ¿por qué habría de dejar de cantar ahora, justo al final, cuando la vida es más intensa? Los hombres han cantado siempre y seguirán cantando mientras existan. No hay vida sin canto. (*Sigue cantando y el Padrecito se le une, lloroso y desafinado*) El padrecito, se ha despertado y se pone a cantar conmigo. ¡Qué personaje más entrañable! Canta con el corazón. No tiene ni oído, ni voz, pero adora el canto con tanta pasión, se entrega tanto, que uno casi no

percibe cuando se desliza de una tonalidad a otra, o insiste tercamente en un Do aunque el oído reclame a gritos un La. Al principio nos gritaban: “¡Silencio! ¡Silencio!” Pero al final lo aceptaron... con la condición de que no cantara el Padrecito. Ahora ya sabe, ya puede oír Gustina, aunque esté más lejos. Y hasta los guardianes saben y han aceptado que la celda 267 canta. Y así, canto cuando la nostalgia trata de invadirnos; canto cuando el día es alegre; canto para el compañero que se llevan y que tal vez no vamos a ver nunca más... En fin, canto, como los hombres han cantado siempre y como seguirán cantando mientras existan. ¡No hay vida sin canto! ¿Verdad, Gustina? (*Canta, y se duerme cantando*)

Escena 8

Julius: Pasa el tiempo, y no me atrevo a escribir. Hasta que por fin, un día especial, hace un mes, el 1º de mayo de 1943... ¡Imposible olvidarlo! Me despierta el Padrecito, desde afuera de la celda.

Padrecito: ¡Julius! Es primero de mayo, ¡feliz día!

Julius: ¡Primero de mayo! ¡Llevo ya más de un año aquí! Pero... ¿qué hace afuera, Padrecito?

Padrecito: Me designaron para el servicio de la comida y la limpieza, por buena conducta. Ven, pásame la jarra, para servirte el café. (*En voz baja*) Me pasaron a otra celda, para que no me contamines, je, je. No saben el honor que me hacen. Aquí estoy, jefe, para lo que mande.

Julius: ¡Vaya, Padrecito! Me va a hacer falta. Pero claro que puede ayudar, puede ser nuestro correo interno, para comunicarnos con los Baxa, con los Jelinek, con Mirek. No necesito decirle la importancia de su puesto ahora, Padrecito. Muchos en su lugar pagan con la vida

la transmisión de un mensaje clandestino. Pero hay que hacerlo, con valor o con temor, pero hay que hacerlo. Aunque con temor se puede destruir mucho, incluso perderlo todo, como en cualquier trabajo clandestino. Padrecito, ahora tenemos que cuidarlo como oro. Su trabajo aquí es de la mayor importancia. *(Al público)* ¡Se le iluminó la cara! Y se fue, haciendo su trabajo. *(Mira la celda)* Así que ahora esta es mi celda. El camastro del Padrecito... Empieza a entrar luz por la ventana. Parece que va a ser un lindo día. 1° de mayo, ¡día de fiesta! *(Comienza a vestirse silbando La Internacional)*.

Kolin: *(Asomándose a la puerta)* Estamos muy contentos hoy. ¿Todo bien? *(Entrando)* Tengo que hacerle un registro. ¡Arriba, carajo! ¡Contra la pared! *(Mientras lo registra, habla en voz baja)* ¿Esta seguro que no quiere escribir nada para su mujer? ¿O para alguien más, afuera de Pancrak? Hoy es un día especial. Se lo ruego, confíe en mí.

Julius: Decido ponerlo a prueba. *(Saca papel y lápiz, escribe algo y se lo da)*

Kolin: ¿Para su mujer? *(Tomando el papel, sigue simulando el registro)* ¡Firme, carajo! ¡Descanso! *(Se retira con un guiño)*.

Julius: Y al rato... oigo un ruido en el patio. Voces, de las mujeres. Salen a la media hora de gimnasia. A lo mejor, si me subo al camastro... *(Sube al camastro y, a través de los barrotes, mira hacia abajo)* Tal vez me vean, si saco el puño. Sí. Me vieron. ¡Gustina! ¡Gustina! ¿Qué tiene Gustina en la mano? ¡Un papel! ¡Mi nota! Kolin es uno de los nuestros. ¡Qué muchacho más valiente! *(Viendo el patio)* ¡Corren alrededor del patio, con el puño levantado! Las vigilantes no se dan cuenta, o no quieren darse cuenta. ¡Es nuestra celebración del Primero de Mayo! *(Bajando de la silla)* Dentro de un rato nos toca a nosotros. Preparo la ropa sucia. Suena el silbato. *(Saliendo de la celda hacia el patio)* Yo ya estoy totalmente recuperado, y al llegar al patio me ofrezco para dirigir la gimnasia. *(En el patio)* Es el Primero de Mayo, muchachos, y vamos a hacer algo distinto, algo especial, con el permiso de los compañeros vigilantes. El primer ejercicio: uno, dos; uno, dos... segar, la hoz... Con un poco de imaginación a lo mejor me entienden. ¡Me entendieron! Sonríen y hacen el ejercicio con energía. El segundo: *(Igual juego)* los golpes

del martillo. Ahora, los dos brazos... (*La hoz y el martillo*). Los vigilantes no entienden nada, o se hacen los que no entienden. Las mujeres nos saludan por las ventanitas. Ahora brazos, (*Igual juego*) los volantes, a tirar al aire los volantes... los volantes del primero de mayo. Corriendo alrededor del patio. Los guardias nos imitan, se ríen de nosotros. ¡Si supieran que los estamos bañando con volantes subversivos! Volvemos a las celdas arrojando volantes. (*Entra en la celda.*) Y al llegar a la celda... ¡tan, tan tan! Las diez de la mañana. En Moscú empieza el desfile. En este momento la Internacional resuena en todo el mundo. ¿Cómo no va a sonar en la celda 267? (*Hace introducción de trompeta y canta*)

Arriba los pueblos del mundo

De pie los esclavos sin pan

(*Al público*) Y se de otra celda me responden...

Y se oiga por toda la tierra

¡Viva La Internacional!

(*Al público*) Se suman más voces...

Todo el odio que al mundo envenena

Al final se extinguirá

la tierra será paraíso

patria de la humanidad.

(*Al público*) Y de pronto, por la ventanita, las voces de las mujeres, en el otro pabellón...

Agrupémonos todos

En la lucha final

Y se alcen los pueblos con valor

Por la Internacional.

Julius: Tembló Pankrác con las voces. Cárcel de Pankrác, 1º de mayo de 1943. Y al mediodía, llega el Padrecito a la puerta de la celda...

Padrecito: ¡Julius! Voy a empezar a repartir la comida, voy a vigilar un buen rato. Puedes aprovechar para escribir ahora. ¡Escribe, escribe!

Julius: Y ahí es cuando empecé a escribir. *(Saca el papel y el lápiz, escribe febrilmente)* “Hoy celebramos el primero de mayo en Pankrác... *(Transición)* Por la tarde, Kolín recoge mi crónica y le doy las instrucciones para entregarla. Al rato regresa...

Kolín: *(En la puerta de la celda)* ¡Julius! ¡Es hermoso!

Julius: ¿Qué es hermoso, Kolín?

Kolín: ¡Su relato! Usted hizo una obra de arte con ese papelito y ese lápiz. Cómo describe al Padrecito, lo que dice de mí... gracias, Julius...

Julius: Gracias a ti, Kolín, no van a ser olvidados los compañeros que aquí y fuera de aquí luchan día a día. Quiero que no se olvide a los que ayudan en las condiciones más difíciles. Quiero que de la oscuridad de estos pasillos salgan a la luz las gentes como ustedes... No para su gloria, sino para que sirvan de ejemplo a los demás. El deber humano no termina con esta lucha. También en el futuro, ser humanos va a exigir corazones heroicos, hasta que los hombres sean plenamente humanos, y el dinero y la fuerza bruta ya no manden en el mundo, sino la razón, la justicia, la hermandad, la alegría. Por ese trozo de papel tú te juegas la cabeza. La arriesgas para establecer un puente entre el hoy prisionero y el mañana libre. Hombres y mujeres, como tú y el Padrecito, son monumentos vivientes que

las generaciones futuras tienen que conocer. ¡Vete, ya llevas demasiado aquí! Ya sabes adónde entregar el papel. (*Lo ve irse*) ¡Es hermoso! (*Se acuesta*) ¡La vida es hermosa! (*Se duerme*)

Escena 9

Julius: ¿Por qué me despiertan a gritos y golpes? ¿Por qué me traen otra vez al Cine? (*Pone silla para el cine*) ¿Qué hace Mirek entrando en el cuarto de las torturas sin custodia? ¿Aquel es Pavel, el historiador de arte, que ayudaba a Mirek en el trabajo con los intelectuales? ¿Quién es ese muchacho flaco, con la cara hinchada por los golpes, dándome a entender que nos conocemos? ¿Lo conozco? ¡Stych! ¡El doctor Stych! ¿Cayó también el grupo de médicos? ¿Quién los conocía, aparte de Mirek y de mí? ¿Más detenidos? ¿El escultor Dvorák? ¿El compositor Felber? ¿Los músicos también? ¿Quién sabía aparte de Mirek y de mí? ¡Lida! ¿Cómo la descubrieron? ¿Es posible que Mirek haya entregado a Lida, la muchachita valiente que lo amaba? ¿Por qué me empujan al cuarto de las torturas? ¿Por qué me preguntan por los intelectuales y los artistas? ¿Quién sabe, aparte de mí y de Mirek? ¿Por qué me vuelven a sentar en el Cine? ¿No terminan conmigo todavía? ¿Mirek saliendo del cuarto de torturas? ¿Estaba allí cuando me interrogaban? ¿Por qué no tiene muestras de tortura? ¿Por qué me esquiva la mirada? ¿Quiénes son esos tres que entran y saludan en checo a Mirek? ¿Qué son esos papeles que sacan sentándose al escritorio, con la libertad de los empleados? ¿Los conozco? ¿Vasek, el albañil de la mina del norte y Secretario Regional? ¿Cómo no voy a conocerlo? ¿Cuántas luchas dimos juntos allá, en el norte? ¿Es Sarita Viková, siempre tan hermosa, a pesar de sus cabellos ya completamente blancos? ¿Será posible? ¿Y aquel es Rilke, antiguo secretario del Partido y de los sindicatos? ¿Será posible que lo hayan quebrado? ¿Pueden darme golpe más duro? ¿Me preparé tanto para la muerte y nada para la traición?

Escena 10

Lida: *(En el pasillo, puerta de la celda, en voz baja)* ¡Julius! ¡Julius! ¡Soy yo, Lida! Descubrieron al padrecito con una carta de Mirek para ti. Parece que era una confesión. Se lo llevaron. No se sabe adónde. Me pusieron a mí en su lugar. No te preocupes, sé lo que tengo que hacer. Tú me enseñaste.

Julius: Me duele hasta el último centímetro de mi cuerpo. ¡Padrecito, ¿dónde está ahora?! ¿Nos volveremos a ver algún día? *(Transición)* Días después, una noche, el Comisario me saca a pasear. *(Pone la silla como coche)*

Comisario: *(Abriéndole la puerta del coche)* Buenas noches, Julius, adelante, ¿ya estás mejor?, siéntate, con cuidado. Tú eres nuestro preso más importante, y tenemos que tratarte bien, como siempre lo hacemos, ¿verdad? *(Da la vuelta y se sienta al lado de Julius. Al chofer)* Llévanos al puente Carlos. *(Confidente, a Julius)* Julius, caso concluido. Desde ayer, tu causa ante el juez de instrucción está cerrada. Esto marcha más rápido de lo que me imaginaba. Tus compañeros de juicio son Lida, Maria Jelinek y Mirek.

Julius: No le sirvió de nada a Mirek su debilidad...

Comisario: Vi el acta de acusación. ¿Quieres saber de qué te acusan? Seis crímenes de alta traición, un complot contra el Reich, la preparación de una sublevación armada y seguro le agregan unas cuántas cosas más, ¿qué tal?

Julius: Uno solo de estos cargos sería suficiente...

Comisario: ¡Mira qué hermosa la luna sobre el río! *(Al chofer)* Para aquí un momento. ¿Quieres bajar?

Julius: Podría escaparme, tirarme al río.

Comisario: En tu estado, no llegarías muy lejos. ¡Bájate!

Julius (*Pone la silla y se asoma como en el puente*)

Comisario: ¡Tu hermoso río Moldava! Cuantas veces te habrás paseado con tu mujercita por aquí.
¿No te gustaria volver a hacerlo?

Julius: ¿Qué?

Comisario: Pasear por aquí, con tu mujer. (*Confidencial*) Mira, para que veas cómo te aprecio, cómo me preocupan ustedes dos. Tu mujer también fue condenada ayer... a trabajar en Auschwitz. (*Pausa*) Estás a tiempo para salvarla. El convoy todavía no sale.

Julius: (*Con el corazón en la boca*) Miente.

Comisario: Pregúntale a tu vecino de enfrente. El también va con ella.

Julius: (*Escrutando al comisario*) Mentira.

Comisario: Ya la podrías haber perdido, de no ser porque el convoy se retrasó. Parece que un trecho del camino... En fin, no se sabe cuándo va a salir. Puede ser que dentro de tres días, una semana... o a lo mejor mañana. Y tú puedes salvarla, Julius, ¡tan fácilmente!

Julius: Tan fácilmente... (*silencio*).

Comisario: Con que me des la dirección de una imprenta, nada más. O un nombre del Comité Central. (*Silencio*). Julius, tú eres inteligente, ¿cómo no puedes ver la realidad? Lo de ustedes es un sueño que se acabó. La vida es así, es la ley del más fuerte. Y tú eres fuerte, Julius, puedes ser de los nuestros y vivir como te mereces. ¡Vivir feliz, en paz, con tu Gustina! (*Silencio*) ¿Es que no quieres salvar a tu mujer?

Julius: Usted no entiende nada. No puede entender.

Comisario: ¡Tú eres el que no quiere entender! Eres una mula. ¡Al coche!

Julius: Y volviendo a la celda, veo... ¡Unos tirantes en la baranda de enfrente! ¡No me mintió el comisario! *(Al público)* Cuando te ingresan a la cárcel, te quitan la corbata, el cinturón y los tirantes, para que no puedas ahorcarte, aunque con la camisa se puede uno colgar perfectamente. Y en el momento en que deciden enviarte a otro lugar: a la libertad, al campo de concentración o a la muerte, te los devuelven. Pero no puedes llevarlos a tu celda: tienes que colgarlos afuera, al lado de la puerta o en la barandilla de enfrente, como signo del próximo viaje involuntario. Mientras vea esos tirantes, Gustina está aquí. *(Con excitación creciente)* Un día, dos días, tres... ¡quién sabe si esos días pueden salvarla! Nos queda poco tiempo. *(Saca el papel y el lápiz y escribe)* Tengo la cabeza y el corazón llenos de Gustina, *(lee)* de esa mujer noble, compañera querida. ¡Cuánta fuerza *(al público)* encierra esa criatura fina de ojos de niña, llenos de ternura! Cuántos años vagamos de la mano por nuestros lugares preferidos. Pasamos tantas dificultades, vivimos tantas y tan grandes alegrías, porque nosotros somos ricos, ricos como son los pobres. *(A Gustina)* Pueden quitarnos la vida, ¿verdad Gustina? Pero nunca el honor ni el amor. ¡Ay, Gustina! ¿Puedes imaginarte cómo viviríamos si nos encontráramos después de todos estos sufrimientos? Pero parece que no nos vamos a ver nunca más. No te van a dejar ni decirme adiós, ni darme un abrazo, ni darme la mano. Pero a pesar de todo, yo te oigo a lo lejos gritando: “Hasta la vista, querido”. ¡Hasta la vista, Gustina mía!

Escena 11

Julius: Dos días después se la llevaron. Y una semana después pasa algo raro. No nos sacan al patio para los ejercicios. Un silencio extraño invade la cárcel. Lida nos trae el desayuno.

Lida: *(Sirviéndole)* Atentaron contra Heydrich, está herido de gravedad. Toda Praga está en estado de sitio.

Julius: Yo me pongo a pensar en las consecuencias que puede traer el atentado, las represalias. Y por la tarde, el comisario me saca otra vez a pasear.

Comisario: *(Abriendo la puerta del coche)* Pasa, Julius. *(En el coche, al chofer)* Danos una vuelta por Malá Strana. ¡Qué hermosa tarde de verano! Mira la terminal de tranvías, no da abasto para la masa que vuelve de pasear. Míralos: ruidosos, alegres, fatigados, llenos de sol, de agua, abrazados.

Julius: Yo también veo la muerte acechándolos, aunque no se refleje en sus caras. Se ven alegres, como los conejos, pero...

Comisario: Eso es, como los conejos, qué buena imagen, Julius. Toma un conejo, sácalo de la jaula, hazlo desaparecer. Los demás se acurrucan en un rincón, pero al rato salen de nuevo, con sus precauciones, pero también con su alegría y sus ganas de vivir. Te hemos detenido, y mira: ¿ha cambiado algo por eso? El mundo sigue marchando como si tú jamás hubieras existido. Seguro entre ellos hay más de uno de tus lectores. ¿Y crees que por ti tendrán una arruga más?

Julius: *(Mirando por la ventanilla)* Si logro contar siete pares de buenas piernas, vivo por lo menos siete semanas más...

Comisario: *(Confidencial)* Bueno, al grano. Atentaron contra Heydrich. Y tú sabes quien fue.

Julius: Ni idea. *(Volviendo al tema anterior)* A pesar del estado de sitio, Praga sólo aparenta marchar como si nada pasara. Ustedes no pueden ver. El día que me detuvieron, 10 más ocuparon mi lugar.

Comisario: ¡Ja, ja! Amas a Praga, ¿eh? ¡Mírala bien! ¿Es que no quieres verla nunca más? ¡Es hermosa! Y va a seguir igual de hermosa cuando tú ya no existas... Mira qué tarde de verano, mmm... ya se respira la venida del otoño. Mira esos tonos azules que envuelven la ciudad, parece empolvada, como las uvas maduras. Es embriagadora, como el vino. Apuesto a que quisieras quedarte mirándola por siempre.

Julius: Sí, es hermosa. Y va a ser más hermosa todavía cuando ustedes ya no estén aquí.

Comisario: (*Ríe*) Eres un cínico... Cuando nosotros ya no estemos aquí... Pero, es que ¿todavía no crees en nuestro triunfo?

Julius: ¿Pero es que todavía no se da cuenta que no puede durar mucho? La historia se mueve en otra dirección, en un proceso irreversible. Puede tardar todavía años, los que quiera, pero el culto al capital y el desprecio por la vida no puede llevar más que a su propia destrucción.

Comisario: Esas no son más que palabras de un perdedor.

Julius: Sí, me vencieron por la sencilla razón de que ustedes tienen un hacha en la mano.

Comisario: Como sea, tu lucha terminó. Dos, tres semanas para elaborar la acusación. Después, el viaje a Berlín, el juicio, la condena, cien días en capilla y hasta ahí llegaste. Ese es tu futuro.

Julius: En ese tiempo pueden cambiar muchas cosas. En ese tiempo todo puede cambiar. Un desarrollo más rápido de los acontecimientos en el exterior...

Comisario: ...puede acelerar también tu fin. Y con eso todo se equilibra. A menos que entres en razón y decidas colaborar... Julius, te estoy dando tu última oportunidad...

Julius: Me pregunto ¿Quién irá a morir primero? ¿Yo... o usted?

Comisario: ¿Cómo puedes estar tan tranquilo sabiendo lo que te espera? No te engañes más, vas a morir. ¿No te da tristeza? ¿Cómo puedes sonreír sabiendo lo que te espera? ¿Cómo puedes sonreír?

Julius: Es una tarde de verano hermosa, ¿no?

Escena 12

Julius: *(Colocando la silla como camastro y acostándose)* Unos días después, una noche, Kolin se asoma por la puerta de la celda...

Kolín: Julius, los aliados entraron en Italia, Mussolini huyó a Berlín.

Julius: ¡El régimen se está derrumbando! ¿Cuánto tiempo le queda todavía? A lo mejor todavía Gustina puede salvarse... A lo mejor yo puedo... Quién sabe... *(Se duerme)*

Lida: *(En la puerta de la celda)* ¡Julius!

Julius: ¡Lida! ¿Qué pasa?

Lida: Al frente, un cinturón...

Julius: Delante de mi celda hay colgado un cinturón. *(Con fondo musical de “El Moldava”, de Smetana)* Es mi cinturón. La señal de partida. Por la noche me llevan a Berlín, después el juicio, etcétera, etcétera. El tiempo hambriento arranca los últimos bocados del pequeño trozo de mi vida. Cuatrocientos once días en Pankrác, que pasaron con una rapidez increíble. ¿Cuántos me quedan todavía? ¿Dónde? ¿Y cómo? *(Saca con excitación el papel y el lápiz)*. Seguramente ya no voy a tener ocasión de escribir. Aquí va, pues, mi testamento:

Sólo tenía mi biblioteca, y la Gestapo la destruyó. Pero escribí muchos artículos culturales y políticos, reportajes, ensayos, críticas de literatura y de teatro. Esperaba que Gustina pudiese recogerlos. Quedan pocas esperanzas. Por eso ruego a quien reciba esta última hoja que haga una selección para formar con ellos cuatro libros: Uno de artículos y ensayos sobre literatura y teatro, otro de artículos políticos y de polémica, una recopilación de reportajes sobre nuestro país, y una recopilación de reportajes sobre la

Unión Soviética. La mayoría de estos artículos los encontrarán en los periódicos de Praga. En casa del editor Girgal están los manuscritos del estudio sobre Zeyer; en la casa de los Jelinek está una parte de mi estudio sobre Sabina y las notas sobre Neruda. Comencé a escribir una novela sobre nuestra generación. Dos capítulos están en casa de mis padres. El resto, probablemente haya sido destruido. Vi algunos manuscritos de mis cuentos en el expediente de la Gestapo. Probablemente también sean destruidos. Al crítico literario que va a nacer, le lego mi amor por Jan Neruda. Es nuestro mejor poeta. Muchos ven en la actividad periodística de Neruda un freno a su creación poética. Es un error. Fue precisamente por ser periodista que Neruda ha podido escribir obras tan magníficas. Es cierto que el trabajo periodístico agota a menudo al escritor, le impide concentrarse, pero lo liga al lector y le enseña a crear también en la poesía, sobre todo si se trata de un periodista honesto como Neruda.

A mis padres, por su amor y su nobleza sencilla, hubiera querido asegurarles un otoño lleno de sol con mi trabajo realizado también para ellos. Que no se sientan tristes porque no sigo con ellos. Pido a mis hermanas Liba y Věrka que con sus canciones alegren sus días y les ayuden a olvidar que hay un vacío en nuestra familia.

A los compañeros que sobrevivan a esta batalla final y a los que vengan detrás de nosotros, les estrecho fuertemente las manos, en mi nombre y en el de Gustina. Cumplimos con nuestro deber. Vivimos para la alegría; por la alegría luchamos y por ella morimos. Que la tristeza jamás vaya unida a nuestros nombres. Sólo pido una cosa a los que sobrevivan a esta época: no olviden. No olviden ni a los buenos ni a los malos. Reúnan con paciencia los testimonios de los que cayeron por ustedes. Un día, el hoy pertenecerá al pasado y se hablará de una gran época con grandes héroes anónimos que hicieron historia. Quiero que el mundo sepa que no hay héroes anónimos. Son personas con su nombre, su rostro, sus sueños y sus esperanzas y el dolor del último de los últimos no es menor que el del primero, cuyo nombre perdura. Yo quisiera que todos ellos estuviesen cerca de ustedes, como miembros de su familia. La barbarie extermina a familias enteras de héroes. Amen por lo menos a uno de ellos, como si fuese un hijo o una hermana, y siéntanse orgullosos

de él como de un gran hombre, una gran mujer que vivió para el futuro. Cada uno de los que han vivido para el futuro y han caído por hacerlo más hermoso, es una figura esculpida en piedra.

Siempre pensé qué triste sería ser el último soldado tocado en el corazón por la última bala en el último momento de la guerra. Pero alguien tiene que ser el último. Si yo pudiera ser ese último, ahora mismo voy.

Hombres: los amé con todo el corazón. Fui feliz cuando correspondieron a mi cariño y sufrí cuando no me comprendieron. Ahora mi película llega a su fin. Ya no es una película. Es la vida. Y en la vida no hay espectadores. El telón se levanta. Hombres: los amé con todo el corazón. ¡Estén alerta!

Todos los derechos reservados.

Buenos Aires. 2014.

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar